

IDEARIO DEL LIBERALISMO ACTUAL

CONFERENCIA PRONUNCIADA POR EL
DOCTOR CARLOS LOZANO Y LOZANO,
MINISTRO DE GOBIERNO, EN EL TEATRO
MUNICIPAL, EL 14 DE FEBRERO DE 1939

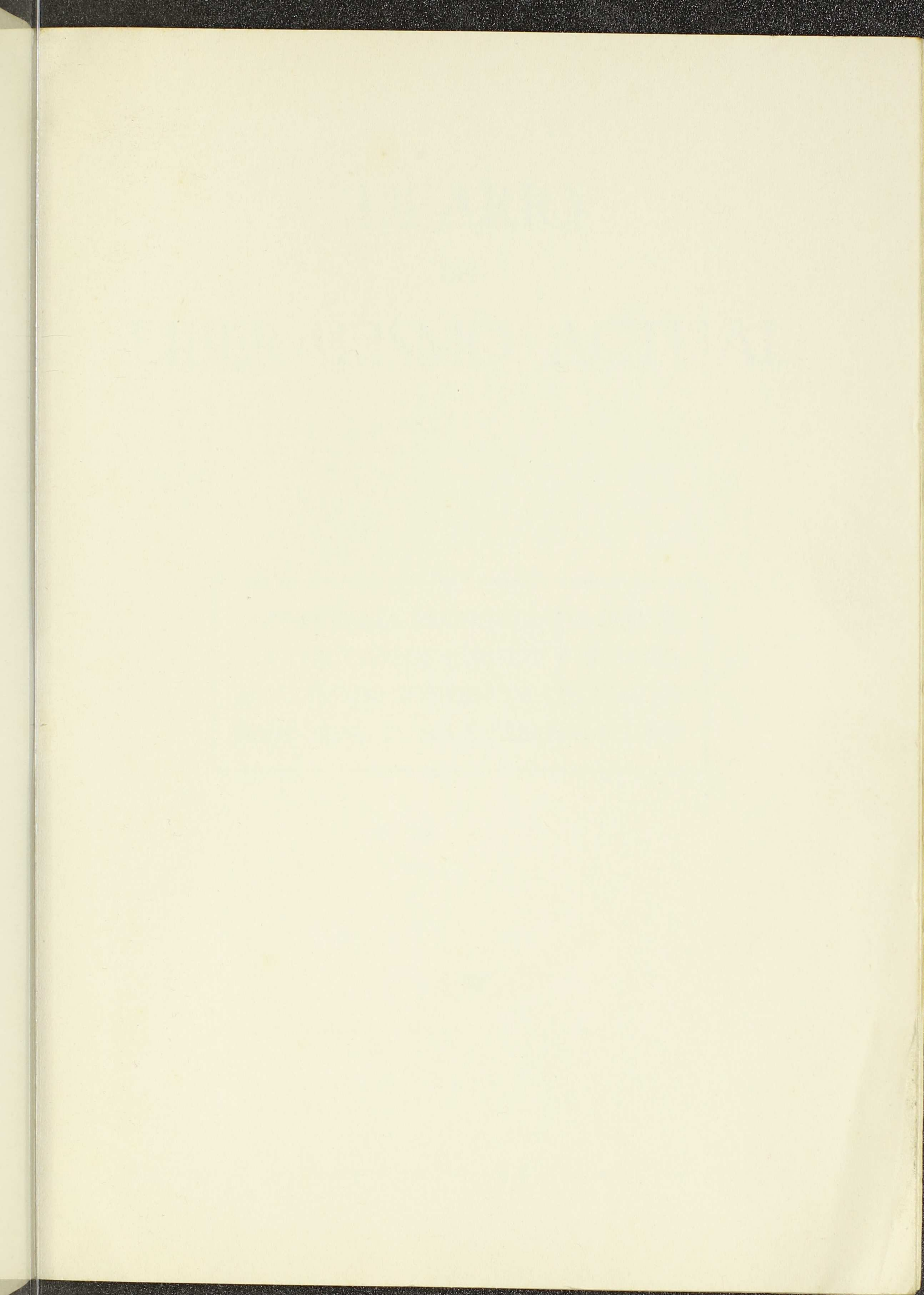


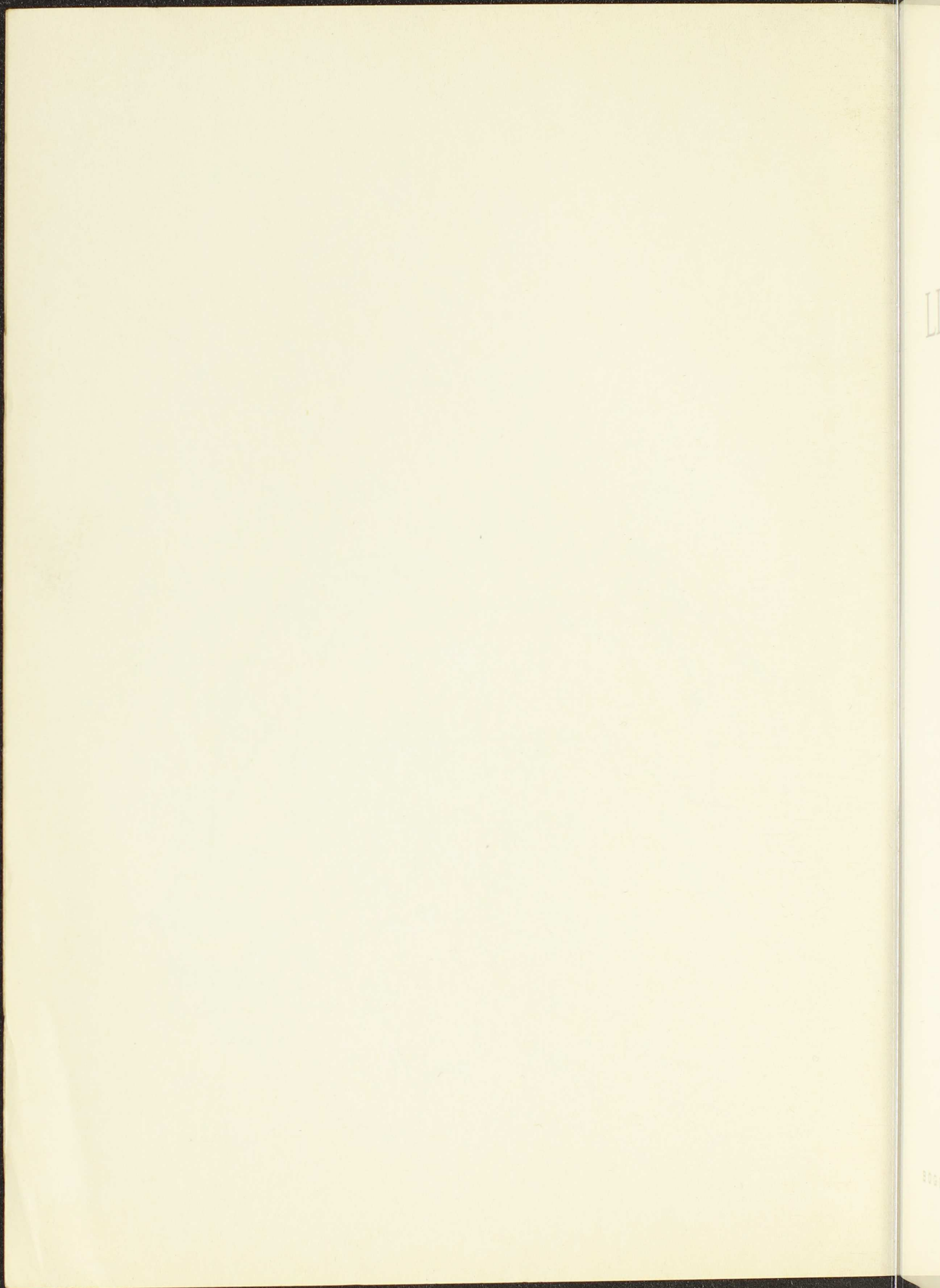
BOGOTÁ — IMPRENTA NACIONAL — 1939

1871

THE JOURNAL OF

JOHN W. FULTON
OF THE
ARMY
OF THE UNITED STATES
OF AMERICA





IDEARIO DEL LIBERALISMO ACTUAL

CONFERENCIA PRONUNCIADA POR EL
DOCTOR CARLOS LOZANO Y LOZANO,
MINISTRO DE GOBIERNO, EN EL TEATRO
MUNICIPAL, EL 14 DE FEBRERO DE 1939



1841

1841

1841

1841

1841

1841

1841

Como obligado antecedente de esta conferencia, quiero leer ante vosotros un párrafo del primer Mensaje que este Gobierno dirigió a los Gobernadores y por su conducto a toda la opinión pública acerca de su criterio como director de las cosas nacionales. Lo considero necesario, porque esa circular fue bien recibida por todo el país, pero muy especialmente por los diversos órganos de la prensa conservadora, que la comentaron con verdadera satisfacción y sin la más leve reserva.

La conferencia de esta tarde realiza el pensamiento expuesto por el Ejecutivo desde el primer momento.

Hé aquí aquel pasaje:

“Mas no quiere esto decir en manera alguna que este Gobierno no tenga una política de ideas, ni que preconice la ausencia de un influjo intelectual sobre los elementos oficiales y sobre la opinión pública. Lo que nosotros condenamos es el empleo clandestino de los instrumentos del Poder para afianzar un régimen. No el honrado uso de la persuasión, la propaganda por medio del pensamiento, e inclusive la controversia y la polémica. Ni tampoco un esfuerzo constante por orientar al pueblo hacia la reflexiva aceptación de los postulados doctrinales de progreso y de reforma que constituyen la estructura y el contenido de la ideología democrática que representamos en la dirección de la cosa pública.”

El desarrollo de nuestra historia.

Entro ahora en materia.

Desde don Camilo Torres hasta hoy, la historia de Colombia, la de Colombia libre, se desenvuelve en medio de vicisitudes sin cuento, con honor y con grandeza.

Quien repase en breve síntesis retrospectiva, al través de los sucesos y los hombres, nuestra vida de Nación independiente, se sentirá orgulloso de llamarse colombiano. No con la complacencia altanera y despótica con que algunas nacionalidades poderosas exhiben ante el mundo superioridades providenciales de raza o de cultura; no con la necia vanidad de quienes demuestran un eclipse intelectual de la autocrítica y se manifiestan ufanos de la índole y los hechos de sus pueblos, por la simple circunstancia de que la naturaleza los hizo miembros de cierto grupo humano; no con el vistoso alarde de quienes olvidan la medida y el equilibrio, atribuyendo importancia desproporcionada al papel que su patria haya desempeñado, o pueda desempeñar en el futuro, dentro del cauce gigantesco de la historia universal.

Nuestro orgullo es reflexivo y sereno. Surge de los dictados positivos de la razón, aunque se encuentre revestido también con los ropajes del sentimiento, y aunque reconozcamos, precisamente para ponerles remedio, todas las deficiencias de nuestra organización social, por muchos aspectos injusta.

País joven, incipiente, retrasado en el camino del progreso, con una población en gran parte débil y enfermiza, asentado sobre un medio telúrico, en diversos puntos impropicio y hostil, ha cumplido sin embargo un esfuerzo de civilización y de cultura, que suscita no sólo la sorpresa sino la admiración.

Nuestras gentes, benévolas y hospitalarias en grado muy notable, dotadas de una gran vivacidad mental, que puede en muy frecuentes casos estar separada de la vocación por las altas investigaciones científicas, pero que anuncia de todos modos un deseo de aproximación a la espiritualidad, se han guiado casi siempre por tendencias de justicia y de orden, y precisamente por eso han sabido quebrantar en horas solemnes de la vida colectiva, la coyunda de la tradición, para hacer brotar de la realidad social, nuevas formas de vida.

Adhesión a las ideas.

Una gran curiosidad, un gran amor por las cosas de la inteligencia, una ardiente adhesión por las ideas, explican el decurso de nuestra cultura.

Adhesión a las ideas. Hé aquí una alta característica del colombiano. Ella constituye la razón de ser de nuestra historia política. No siempre las ideologías que han ido floreciendo en el país, se han inspirado en el recuerdo y en las enseñanzas de la Expedición Botánica, que fue nuestra primera manifestación de cultura mental, y que ha debido orientarnos más arraigadamente hacia las ciencias positivas, hacia la contemplación e interpretación de lo real, hacia un sistema de postulados y de leyes acorde con el medio, derivado de la experiencia, y no fundado en las meras enseñanzas de los libros, o en el incierto divagar de un idealismo, más o menos utópico, presidido con harta frecuencia por la imaginación.

Pero amor por las ideas en todo caso. Muchas guerras civiles han asolado nuestro territorio. Innumerables querellas y discordias intestinas han despilfarrado nuestra riqueza y quebrantado nuestras energías. Torpezas sin cuenta hemos cometido a causa de la presurosa adopción de lo

extranjero. Cosas prematuras y caóticas, se presentan en todas las épocas de la vida nacional.

Pero hemos amado y defendido las ideas. Ellas impregnan nuestra atmósfera, se infiltran dislocadas o truncas al través de las capas sociales, resuenan como un eco confuso, pero de todas maneras resuenan, en el oído del banquero y del campesino, del militar y del labriego, del burócrata y del maestro de escuela, del obrero sudoroso y del hombre del club.

Me dirijo a toda la Nación para explicarle los puntos de vista del Gobierno, pero supongo que quienes me escuchan hoy en esta sala democrática, o fuera de ella, están en su gran mayoría unidos por la profesión común de ciertas ideas. Ideas filosóficas, jurídicas, políticas, estéticas. Son liberales como los hombres que forman el actual Gobierno.

Fe en el liberalismo.

Sin disminuír en nada el espíritu nacional que anima en todo instante los actos oficiales, que se me permita repetir por lo tanto que tenemos fe en el liberalismo. Que no nos desconciertan los aluviones de la crítica adversaria. Que no creemos en la quiebra de las ideas liberales, por el solo hecho de que cuatro o cinco dictadores se hayan venido apoderando de la Europa occidental, que fue el faro de nuestros abuelos. Que cuando miramos hacia Inglaterra, hacia Francia, hacia Suiza, hacia los Estados Unidos, a todos los lugares donde la vida es digna de ser vivida, vemos modelada con caracteres monumentales la huella del liberalismo. Que de la frenética negación de sus principios, de la acometida implacable de sus enemigos, de la tormenta furiosa que se ha desencadenado contra las ideas liberales, el liberalismo surgirá como una necesaria, inexorable rectificación.

Que quienes hoy lo proclaman vencido y sepultado, con insolente gesto de dominación, alcanzarán a ver con sus ojos seniles otra juventud que sobre las ruinas de los regímenes totalitarios, edificará una nueva etapa, dentro de la cual el espíritu sea autónomo, la conciencia pueda expresarse, y el hombre, renegando del oscuro papel de autómeta que hoy se le asigna, se eleve otra vez a la consideración de su propia dignidad, y de sus propias potencialidades.

Somos liberales de Colombia.

Lo somos con honda convicción, con sinceridad absoluta, con entusiasmo, con orgulloso y prestante propósito de hacer predominar nuestras ideas, de hacer que como flámula de luz vigilante ellas penetren el espíritu nacional y se irradien por la virtud de su fuerza expansiva, sobre todos los ámbitos de nuestro territorio dilatado y vastísimo.

Somos liberales, porque la generación de Santander, de Azuero y de Soto estableció en este país un Estado de derecho, una República de leyes, un Gobierno vinculado a las instituciones, no a los hombres, una democracia sin arbitrariedad y sin opresión, igualitaria y austera.

Porque la generación de José Hilario López y Manuel Murillo Toro, cortó el cordón umbilical que nos ligaba a la Colonia, rompió con el pasado aristocrático, libertó a los esclavos, postuló la emancipación de las conciencias, y se acercó directamente al pueblo, apelando a su intuición y a su inteligencia para buscar la ruta de nuestro destino histórico.

Porque la generación de Rojas Garrido, de Aquileo Parra y de Santiago Pérez se atrevió a retar todas las fuerzas del autoritarismo y de la reacción, todos los reductos de la intolerancia y el privilegio, todos los prejuicios heredados del régimen despótico español, porque se atrevió a tapar

la boca oscura del pasado con las más audaces fulguraciones del siglo XIX.

Porque Rafael Uribe, el hombre más grande que haya nacido en Colombia después de Mosquera, predicó en los albores mismos de esta centuria, todas las conclusiones del gran debate histórico entre individualismo manchesteriano y materialismo marxista.

Porque durante los últimos años, Enrique Olaya Herrera, Alfonso López y Eduardo Santos, han comenzado a realizar en Colombia la democracia moderna, la democracia funcional, que ya no se contenta de principios y fórmulas legales, sino que quiere aferrar en su propio germen el hecho económico, someterlo, organizarlo y fundar la base material de la libertad, ya que la libertad no puede ser en estos tiempos una mera facultad moral, sino una capacidad de acción, desde el momento en que no es libre el hombre estrangulado por la miseria, flagelado por la ignorancia, torturado por la mano dura de los fuertes.

La vida social colombiana.

Que se me permita como miembro del actual Gobierno, que es liberal y preconiza por lo tanto como un imperativo de su propio credo, la tolerancia, la concordia, la magnanimidad en las luchas políticas, la protección al derecho del adversario, la equidad en el uso de los instrumentos del Poder, presentar a la consideración de cuantos me escuchan, algunas reflexiones acerca de la vida social de Colombia, y acerca de las tesis y programas, que como fruto de un amplio estudio sobre las condiciones del mundo actual, pretendemos incorporar desde la dirección del Estado, a las instituciones nacionales y a la práctica de los negocios públicos.

La democracia americana es uno de los fenómenos más grandes de la Historia. Es oportuno recordarlo, porque se trata de una noción frecuentemente desconocida o confusamente explicada a las masas, que la Revolución Francesa tomó muchas de las líneas fundamentales de su estructura, del pensamiento americano, que la declaración de los Derechos del Hombre se hizo primero en los Estados Unidos que en Europa, y que es en América donde nació el derecho constitucional positivo de la edad moderna.

El más alto intérprete de la democracia americana en su primera etapa es Tomás Jefferson.

Hijo de una familia pudiente, educado con gran refinamiento, miembro de la Cámara de burgueses a los veintiséis años, Jefferson es desde la primera hora un sincero amigo del pueblo, y en un día inolvidable le corresponde redactar la declaración de independencia. Bajo su influjo, los rezagos del espíritu aristocrático de los emigrados ingleses, se quiebran para darle paso a una República de verdad, que en su época asombró al mundo por sus originales características, distantes sin embargo de toda demagogia.

Rememoro en estos momentos ese nombre preclaro, porque para todo demócrata Jefferson debe ser siempre motivo de veneración.

Quiero aludir ante vosotros a uno de los conceptos fundamentales de la democracia jeffersoniana, porque existe en el gran principio que voy a exponeros, una tan grande savia espiritual, y son tantas las consecuencias jurídicas y políticas susceptibles de enunciarse como corolarios suyos, que a él es preciso acudir como fuente de orientación ideológica y como norma de la conducta, cuando quiera que se trate de sustentar la doctrina liberal.

Sobre la base de que el pueblo tiene el poder y el derecho de gobernar, a diferencia de lo que ocurría en los antiguos regímenes monárquicos, donde durante siglos enteros la misión del liberalismo en germen fue contener y limitar el poder de los reyes, se plantea el problema de saber en qué forma, al través de cuáles medios podrá cumplir el pueblo esa suprema tarea.

Para Jefferson, y ese es el sentido profundo de toda la Constitución americana, la soberanía popular no debe ni puede ser un símbolo, ni la fugaz decisión de una hora de arrebató, ni la prerrogativa de unos pocos que se arroguen el poder de interpretar a los demás, ni la imposición de unos grupos sobre otros. Debe y tiene que ser una expresión de la voluntad de todas las categorías sociales, de todas las opiniones, de todos los núcleos productores, en una palabra, de la masa entera de la Nación. La soberanía no es, como suele pensarlo la teoría conservadora, el fiat de un minuto de pasión y de entusiasmo, en que el pueblo, apenas ejerce sus derechos para abdicarlos, apenas hace acto de presencia para resignar sus poderes en otras manos, en las de una élite o clase dirigente, encargada providencialmente de hacer la felicidad de los demás. Nó. La soberanía es un acto permanente de presencia sobre el manejo de los negocios públicos, un plebiscito cotidiano, una expresión continua de voluntad y de poder, un control, una vigilancia y una fiscalización de todas las horas sobre los que ejercen la función de gobierno. La soberanía no pertenece a los sabios, ni a los intelectuales, ni a los ricos, ni a los pedantes, sino al pueblo mismo, al verdadero pueblo, a la gleba innumerable, a la chusma doliente, que es la sustancia de la Patria, y que sostiene sobre sus hombros robustos "la fábrica ideal de la ciudadanía."

Ahora bien: si ello es así, y esa es la tesis liberal, dos cosas son indispensables para que haya democracia: pri-

mero, reconocerle lealmente al pueblo su prerrogativa y su derecho, sin mixtificaciones, subterfugios ni engaños; segundo, hacer al pueblo apto, cada día más apto para llenar las tareas magníficas de la soberanía. Capacitarlo para la ardua disciplina del poder.

Sólo de este modo, únicamente a virtud de una honrada persecución de estos fines, habrá, como dijo más tarde el sublime Lincoln, gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Sólo de este modo se logrará, según el postulado del gran Condorcet, otro de los padres del liberalismo universal, "que todas las instituciones sociales tengan por objeto el mejoramiento social, moral, intelectual y físico de la clase más numerosa y más pobre."

La situación del pueblo colombiano.

Veamos ahora un poco lo que ocurre en Colombia.

El campesino analfabeto y semidesnudo, vive casi a la intemperie. El tugurio miserable, el oscuro bohío, apenas lo defiende de la lluvia y del sol. La noche lo cubre con su sudario de tinieblas, junto al perro fiel, sobre el suelo áspero, donde el hijo y la esposa duermen sin dignidad y sin abrigo, arropados con el mismo traje humilde que la faena del día empapó de sudor. El campesino apenas tiene en el cerebro unas pocas nociones abstractas, carece de los conceptos fundamentales de la vida cívica, ignora muchas veces quién lo gobierna. Cuando va al poblado a votar lo hace por afectos, simpatías o temores adjetivos hacia las personas que lo rodean, lo protegen o lo oprimen. Oh gran Jefferson, oh gran Lincoln, ¿qué diríais vosotros de esta democracia incipiente y en germen?

Recordemos que por lo menos la mitad del país se encuentra en estas condiciones. Y sin desconsolarnos, ni entristecernos, porque el desaliento es indigno de los hom-

bres intrépidos, sigamos la obra de nuestros abuelos y de nuestros padres, cumplamos un esfuerzo soberano a fin de remediar estos males, de corregir estas injusticias, de hacer entrar un soplo de luz y de calor hasta la choza humilde, donde los que viven, los que van a morir y los que acaban de nacer, mezclan sus esperanzas, confunden sus sollozos y aprietan en un solo haz confuso sus reivindicaciones y anhelos, en espera de un redentor, que no ha de vestir altanero penacho de guerrero, ni atavío sobrenatural de Mesías, ni supersticioso ropaje de legislador a la antigua, sino que debe ser y será el voto consciente de todos vosotros, la actitud magnánima y tranquila de todos vosotros, el propósito inquebrantable de todos vosotros, liberales que me escucháis.

Hace apenas dos años visitaba yo las grandes democracias del norte de Europa. Democracias coronadas, donde el Rey es apenas un principio de estabilidad y de orden, un artículo de la Constitución, un burgués discretamente fastuoso, que sirve de fiel de la balanza.

Cuánto dolor y cuánta esperanza a la vez, surgían en mi espíritu al comparar aquellos pueblos con mi pueblo, al medir las distancias tremendas que separan esta República de aquellas perfectísimas Repúblicas.

Allí se realiza mejor que en los Estados Unidos, la democracia de Jefferson. Allí cada hombre es dueño de su conciencia y de su libertad. Allí no hay pobres. O si vosotros lo queréis, todos son pobres. O para decirlo mejor, es casi lo mismo ser rico que ser pobre. Cada ciudadano disfruta de las ventajas, las oportunidades y los placeres de la vida. Cada ciudadano ha estado por lo menos doce años en la escuela. Cada ciudadano tiene una garantía contra el accidente, la vejez, la enfermedad, la muerte, el desempleo, y aun el nacimiento, óigase bien, aun el nacimiento, porque

cada mujer soltera que da a luz un niño, recibe una pensión del Estado.

En las calles, amplias y bien pavimentadas, todo el mundo viste el mismo traje, decoroso y anodino. En los cafés, llenos de música, de alegría y de luz, el mozo del ascensor alterna con el profesor universitario y con el gran industrial. Todos van al museo, al concierto y a la conferencia científica. Para todos hay un puesto amplio y seguro bajo el sol. Las más grandes empresas, pertenecen a las cooperativas de obreros o de empleados.

Y ¿cómo se ha obtenido este resultado, que para nosotros aparece casi como cosa de sueño o de magia? ¿Por medio de guerras, de luchas fratricidas, de la intervención de dictadores inexorables, o de turbas desenfrenadas?

Nó, señores que me escucháis. Por el progreso y la infiltración de las ideas. La prensa es libre, la palabra es libre, la tribuna está abierta a todo el mundo, las elecciones populares son frecuentes. Nadie está sujeto a una disciplina abusiva y automática. A nadie se le pone un número de serie. En la cátedra se discuten todos los sistemas y todos los programas. No hay ciencia ni literatura oficial. No hay opresión, ni parálisis, ni sofocación de la conciencia individual, por la conciencia colectiva.

¿Que las democracias son caóticas, desordenadas, ineficaces, ineptas? Mentira. ¿Que para buscar la igualdad entre los hombres hay que apelar al odio, al rencor, a las fuerzas recónditas del instinto brutal, a la lucha de clases, al desafío y la contienda entre hermanos? Mentira. Se puede ser relativamente feliz por medio de la solidaridad y de la libertad.

Se me dirá que es una pretensión insólita traer a cuento el esfuerzo civilizador de países que se cuentan entre los más antiguos de la tierra, y cuya índole y características

raciales, difieren profundamente de las nuestras. A quienes tal cosa afirmen puedo responderles fácilmente que yo no pretendo quemar las etapas, que conozco las leyes del progreso humano, que evidentemente es imposible realizar durante la vida fugaz de una y ni siquiera de dos o tres generaciones, una tarea gigantesca en que las décadas de trabajo han de multiplicarse en el tiempo.

Pero no es menos cierto que la clara presencia de un ideal en el espíritu por remoto que pueda suponersele, es el primer resorte de la acción. Y que lo fundamental en todo empeño humano es conocer con exactitud el punto de partida y el punto de llegada. Osar, atreverse, tener fe, iniciar un movimiento hacia adelante, es el primer deber de los conductores de pueblos, y es también el deber de los hombres públicos por oscuros que sean en todas las latitudes del mundo, y en todas las épocas de la parábola humana.

Se me dirá también que los sistemas predominantes en las naciones escandinavas son los sistemas socialistas. A eso debo responder que el socialismo, tal como se practica y se entiende en Dinamarca y en Suecia, es tan sólo uno de los momentos evolutivos de la gran marcha histórica del liberalismo universal.

Socialismo y marxismo.

Y a este propósito distingamos claramente entre marxismo y socialismo, movimientos ideológicos que por falta de información suelen confundirse entre nosotros. En las democracias del Norte, el grande y funesto Carlos Marx no ha tenido ni tiene influjo alguno.

Definiendo esquemáticamente el asunto, ha dicho Littré que “el socialismo es una tendencia a modificar el estado presente, bajo la impulsión de una idea de mejoramiento

económico, y a virtud de la discusión y la intervención de las clases laboriosas.”

Veamos ahora algunos otros conceptos igualmente autorizados:

“Entendemos por socialismo, de una manera general, la reivindicación, formulada por individuos o colectividades de un Estado, gracias al cual todos los hombres queden libres de la miseria.” *Notzel*.

“El socialismo es un estado de civilización superior, gracias al cual cada hombre, por medio de un trabajo satisfactorio y de corta duración, tenga derecho a todas las ventajas de la vida.” *L. Bertrand*.

“Socialismo es la organización democrática de la vida económica.” *Kautsky*.

No hay en ninguno de estos conceptos, afirmación alguna que pugne con la doctrina liberal. Partiendo de diversas premisas, y al través de caminos diferentes, puede llegarse a conclusiones análogas.

El marxismo por el contrario se caracteriza por tres postulados esenciales que yo no voy a discutir aquí, que han causado en el mundo, uno de los más grandes oleajes de pasión y de controversia que se hayan presentado al través de todos los tiempos, y que conducen lógicamente a la anulación del factor humano en la vida social, al naufragio de la libertad, y a la destrucción del hombre por el hombre.

Tales postulados son éstos, que la crítica científica contemporánea ha refutado por completo o revaluado de manera sustancial:

a) El materialismo dialéctico, o concepción materialista de la historia, teoría según la cual todos los hechos históricos dependen del estado de la técnica o de los métodos de producción, y de los cambios que se van presentando en esa técnica y en esos métodos.

Examinando con mayor detenimiento esta concepción, resulta que se compone de dos elementos: la teoría del medio y la teoría de los móviles.

La teoría del medio sostiene que toda relación social, lo mismo que toda cultura, lleva el sello de las relaciones de producción existentes en un momento dado, y más exactamente, del grado de desarrollo de la técnica económica. Todos los elementos no económicos de la sociedad son “epif-nómenos,” “apariencias,” “superestructuras.”

La tesis de los móviles enseña que los motivos que impulsan a los hombres a obrar de determinada manera, son casi exclusivamente, motivos de orden económico.

b) La tesis de la plusvalía o de la apropiación del trabajo no pagado que puede enunciarse brevemente en esta forma:

Un trabajador asalariado produce géneros iguales en valor al salario que gana en una parte de su día utilizable que puede estimarse en la mitad, y en el resto de su día utilizable produce géneros que vienen a ser propiedad del capitalista, aun cuando él no ha tenido que pagar nada por ellos.

c) La teoría de la lucha de clases, o del antagonismo entre las fuerzas productivas y la propiedad capitalista, que Marx pretende encontrar en todas las épocas, pero que según él se manifiesta de manera mucho más protuberante en la época del industrialismo, por haber la burguesía simplificado los antagonismos de clase, reduciéndolos al de la producción social y la apropiación capitalista, al del proletario y el burgués. En el célebre manifiesto de 1848, la lucha de clases ha sido descrita en esta forma:

“Hombre libre y esclavo, patricio y plebeyo, barón y siervo, capataz de juranda y compañero, en una palabra,

opresores y oprimidos, en oposición constante, han mantenido una guerra ininterrumpida, unas veces disimulada, otras abierta, una guerra que terminaba siempre sea por una transformación revolucionaria de la sociedad entera, sea por la destrucción de las dos clases en lucha.”

El marxismo según lo enseña Lenin es el resultado de una fusión y ampliación de tres escuelas del pensamiento: la filosofía clásica alemana, la economía clásica inglesa y el socialismo francés en coordinación con las doctrinas revolucionarias francesas en general.

El marxismo es un fenómeno de características sumamente peculiares, una interpretación trascendental del mundo, aunque pretenda lo contrario, un vigoroso conjunto de dogmas, una capilla doctrinaria con autoridades infalibles, y excomuniones en regla, un sistema hermético que culmina en el advenimiento de la dictadura del proletariado, y en la abolición no sólo del Estado, sino de toda forma de Estado, de las que conoce la historia de las ideas políticas. Nosotros somos adversarios convencidos del marxismo.

El socialismo en cambio se descompone en una serie innumerable de formas, de sistemas, de grados, de doctrinas, de anhelos. Las escuelas socialistas son casi tan numerosas como los pensadores socialistas.

De Platón a Campanella, de Tomás Moro a Rousseau y a Babeuf, de Saint-Simon a Lasalle, de Proudhon a Jaurés, de Owen a los Webb, de Mably a Blanqui y a Julio Guesde, de Bernstein a Shaw y a Brantig y a Enrique de Man, para no citar sino algunos nombres capitales, el socialismo ha sido presentado, bajo criterios tan diversos y aun tan antagónicos, que constituye, si así pudiera decirse y para usar de un término favorito del gran filósofo Bacon, un universo, un globo ideológico.

¿Cómo podría entonces concebirse que un movimiento tan antiguo, tan dilatado, tan extraordinario, no hubiera ejercido un influjo sobre todas las demás tendencias del pensamiento político?

¿Cómo podría afirmarse que a medida que surgen necesidades antes desconocidas en la vida social, a medida que se palpan injusticias nunca antes sentidas con la misma intensidad, no brote de la contemplación de una doctrina profundamente humana como la doctrina liberal, la urgente necesidad de una actitud nueva, ante nuevos fenómenos, actitud que constituye sin embargo la prolongación de la vieja lucha sostenida por nuestros abuelos contra todas las formas del despotismo de los fuertes?

¿Cómo podríamos negar, desconocer y rechazar aquel contenido de generosas aspiraciones, de irreprochables anhelos de liberación y de justicia, que trabajan en todas partes del mundo el espíritu de las masas populares?

¿Cómo podríamos nosotros liberales, que hemos predicado al través de los tiempos la emancipación de los débiles, negarnos a inscribir en nuestros programas la libertad económica del hombre?

El liberalismo económico.

¿Cómo podríamos por último aceptar un postulado que la razón y la crítica han revaluado completamente ya, el postulado de la indisoluble unidad entre liberalismo económico de una parte y liberalismo político y moral de la otra? Al paso que el liberalismo económico es un fenómeno local y transitorio, surgido en un determinado país, la Gran Bretaña, en un momento histórico determinado, la mitad del siglo XIX, y que se explica principalmente a virtud de las condiciones peculiares de extensión y aislamiento

de las Islas Británicas, el liberalismo político y moral, es eterno, o por lo menos susceptible de durar tanto cuanto dure la humanidad; existió en Grecia y Roma, llenó toda la Europa occidental a partir del siglo XV, y sentó para siempre sus reales en la América a fines del siglo XVIII. ¿Cómo podríamos quedarnos encadenados e impotentes junto a Adam Smith, a Cobden y a Spencer, si la economía del resto del mundo fue siempre distinta de la que ellos tenían ante los ojos, si la economía de los tiempos contemporáneos, se transformó completamente y ya no se parece casi en nada, a la que les sirvió de premisa para fundar sus doctrinas? El liberalismo económico de hoy es otra cosa, tiene que ser otra cosa; la teoría del dejar hacer feneció, es una reliquia del pasado. De lo que se trata ahora es de proyectar los postulados inmanentes del liberalismo político y moral, sobre un liberalismo económico acorde con la hora que estamos viviendo, con las realidades que nos circundan. Por eso, a los que pretenden que nos constituyamos en algo así como los fideicomisarios del pretérito, nosotros les respondemos orgullosamente que nó, que no asumimos esa postura, que el liberalismo es una amplia doctrina de evolución y movimiento, cordial y robusta, incapaz de permanecer inmóvil como una estatua de piedra a orillas de la corriente del tiempo, de espaldas a las palpitaciones de la vida!

¿Qué fue acaso la revolución francesa de 1848, sino un movimiento impregnado de ideas de justicia social? ¿Qué fue el liberalismo de Louis Blanc y de Odillon Barrot, sino un liberalismo reforzado por los anhelos de las gentes proletarias? ¿Y acaso nuestra egregia escuela del 49, la que triunfó con López y Obando, bajo la inspiración de Murillo, no fue una prolongación, una adaptación y una repercusión del movimiento revolucionario francés del año anterior? ¿Y acaso todo el liberalismo inglés contemporáneo, el de

Lloyd George, el de Asquith, el de Ramsay Muir, el que estuvo en el poder desde 1906 hasta 1914, no es un liberalismo de corte radicalmente moderno? ¿Y acaso por último no es de Rafael Uribe Uribe, nuestro glorioso caudillo, la frase de que es preciso renovar todos los días el suelo de las ideas con la azada del estudio, y la de que el porvenir del liberalismo está en la capacidad que manifieste para asimilar los elementos asimilables del espíritu contemporáneo?

El liberalismo colombiano.

A quienes combaten al liberalismo con la descaecida monserga de que está anclado en la inercia contemplativa del dejar hacer, juzgada por Huxley como nihilismo administrativo, habría que preguntarles si hay uno solo de los maestros del pensamiento liberal contemporáneo que no haya roto su lanza contra esa doctrina, sometida desde muchos años atrás—a la manera de los flúidos que se condensan o de los líquidos que se congelan—a un verdadero proceso de cristalización, después de haber rendido la plenitud de su jornada histórica. Y a quienes intentan desconocer la actualidad del partido liberal colombiano, fingiéndolo atado a la escuela de Mánchester, bastaría recordarles que aún antes del advenimiento de la Regeneración conservadora, Felipe Pérez, prócer de la escuela radical, calificaba de caduco error el *laissez faire* y escribía palabras que diez lustros después guardan todavía su fecunda actualidad. Hélas aquí:

“En una nación que empieza a vivir y que se halla entre tinieblas, torturada por los Andes, como el sacerdote de Virgilio por las serpientes monstruosas, y que está separada del mar, lazo de las razas y del comercio, por déltéreas y vastas regiones, no debe dejarse el desarrollo de

la civilización al simple correr del tiempo, ni al esfuerzo individual y por lo mismo débil. En los países de la América que fue española, hay que hacer oficialmente el progreso, como el gran colonizador del siglo—el inglés—lo ha hecho en el Canadá, en Australia y en la India. *Nuestra emancipación de la miseria es de tanta urgencia como cualquiera otra de las emancipaciones necesarias de las sociedades esclavas, ya que ser víctima del hambre es tan oprobioso como serlo de la barbarie ruin o del despotismo.* La civilización en el Nuevo Mundo hay que imponerla, como fueron impuestas la independencia y la libertad.”

Al adoptar el camino señalado en otros tiempos por Manuel Murillo y Felipe Pérez, al adoptar el camino señalado más tarde por Rafael Uribe, por Alfonso López y Eduardo Santos, no renegamos por lo tanto de la tradición liberal, ni del espíritu liberal, sino que somos fieles, absolutamente fieles a esa tradición y a ese espíritu.

El liberalismo es fundamentalmente dinámico; se identifica con las fuerzas propulsoras e impelentes de la sociedad, concibe el Estado como una realidad en continuo *fieri*, en continua evolución creadora, sostiene el concepto de la perfectibilidad humana, de donde procede su irreductible adhesión a la autonomía del espíritu, y a la emancipación de la conciencia. Por eso el liberalismo no sólo autoriza sino que exige un nuevo rumbo, cada vez que varían sustancialmente las condiciones en que el hombre ejerce su actividad y lucha por la vida; por eso ninguna de sus conquistas representa tan sólo un punto de llegada, sino que representa a la vez, un nuevo punto de partida. De ahí su confianza invariable al través de toda la historia, en las aspiraciones populares, en los fueros democráticos. *Trust the people*, téñ confianza en el pueblo, es la divisa del liberalismo inglés. ¿Habrá necesidad de recordar de paso y

como por contraste, que el gran Gladstone definió el conservatismo, como “desconfianza en el pueblo, moderada por el temor”?

Que se me permita citar, en apoyo de las anteriores ideas, un pasaje culminante del gran jefe liberal inglés Asquith, a quien acabo de aludir:

“Se requiere ciertamente una cabeza fría y una clara visión, para desentrañar la esencial continuidad del ideal y del espíritu, que preserva la identidad de un partido político, dentro de la adopción que haga de tiempo en tiempo, de determinadas orientaciones políticas y de especiales medidas de acción. El campo cuya extensión ha sido combatida pulgada por pulgada y adquirido con tremendo esfuerzo por los luchadores de una generación, se convierte, para la siguiente, en la propiedad común de ambos grupos de combatientes. La lucha se transfiere entonces a un nuevo teatro de guerra, respecto del cual a la vez los métodos y las voces de orden de la última contienda resultan quizás, inadecuados. De esta manera el proceso histórico sigue adelante con sorprendente variedad y hasta confusión, hasta el punto de que en ocasiones resulta difícil a primera vista, decir si aquello que podríamos llamar una nueva política, es en realidad un desarrollo o un abandono de viejos principios. Hay una continuidad integral de la letra que esteriliza y mata. Tal continuidad estamos autorizados a considerar incompatible con las exigencias tácticas de hombres obligados a vivir no *in Platonis Reipublicae* sino *Romuli in faece*.”

Sería difícil encontrar palabras más adecuadas y precisas para definir la nueva política liberal colombiana. Por su penetración y su sagacidad tienen un valor universal y hasta cierto punto, permanente. Pero parecen escritas

para juzgar las actuales peculiaridades de nuestra posición doctrinaria.

De la misma manera que los seres vivientes atraviesan ciertos períodos durante los cuales, el organismo, a pesar de que continúa la ley general de su vida, sufre sin embargo una transformación particularmente profunda y activa, así también en la historia de los pueblos hay ciertos períodos durante los cuales, las ideas y las instituciones, no obstante permanecer sometidas a la ley general de la evolución, sufren también una transformación particular; períodos en que de modo rápido y neto, se cierra una etapa y se abre otra, y en que es preciso revisar y renovar sin temores, porque el organismo social demanda nueva savia y nueva sangre. Colombia está viviendo uno de esos momentos. Y nosotros que profesamos un idealismo fundado en la realidad y en la experiencia, queremos ponernos a tono con la hora que pasa.

Viene en este momento a mi memoria por asociación de ideas, el nombre excelso de Cavour, el fundador de la patria italiana, el vidente genial, el hombre de estado cuyos pares en la historia son Julio César, Richelieu o William Pitt; de Camilo Cavour, uno de los más genuinos, más nobles y más grandes liberales que hayan existido en el mundo. Un día, el célebre ministro en cuyo cerebro portentoso se agitaban los cien hilos sutiles que estaban preparando la unidad de la península itálica, contra las dinastías insensatas y voraces que llenaban su suelo, y contra todas las fuerzas coaligadas del oscurantismo y de la intransigencia, discutía en el palacio real de Turín con el Rey Víctor Manuel. Cavour se había aliado en íntima solidaridad con dos ilustres agitadores, con Garibaldi y Mazzini, que no sólo representaban el sector más audaz del movimiento, sino que constituían hasta un peligro para la monarquía de Saboya. El Rey desaprobaba su conducta. Enton-

ces Cavour, con un arranque de arrogancia magnífica se cuadró frente al monarca, le contempló un instante con la fulguración dramática de sus ojillos vivaces, y golpeando la mesa con el puño cerrado, le lanzó esta frase: "Majestad: hay horas en la vida, en que todo lo que no sea avanzar, es retroceder. Ni un solo paso atrás."

Eso mismo quiero deciros esta tarde, señores que me escucháis; eso mismo quiero decirle al país, desde esta tribuna democrática. Colombianos, todo lo que no sea avanzar es retroceder. Ni un solo paso atrás.

El problema del hombre colombiano.

De ahí que la primera resolución del actual Gobierno, sea inclinarse sobre el problema del hombre colombiano para tratar de resolverlo en sus múltiples facetas. Porque la condición actual del hombre es, como ya lo dije antes, y como vengo repitiéndolo desde mi ingreso a la vida pública, la cuestión capital de este país, porque ella tiene que ser la materia y el objeto continuos de la vasta revolución jurídica que vienen cumpliendo, con admirable sentido de la oportunidad histórica, y dentro de los planos lógicos que corresponden a cada cuatrienio presidencial, las Administraciones liberales.

De ahí que para resolver este problema del hombre, desde el labriego que inclinado sobre el surco, crispera con desesperado empeño sus puños y contrae sus músculos, para arrebatarse a la tierra su riqueza recóndita; hasta el empleado que agota sus nervios y consume sus energías psicológicas en las grandes gestiones de la vida técnica, industrial y comercial; hasta el pequeño propietario desprovisto de instrumentos adecuados de producción y expuesto al azar de las vicisitudes económicas en completo desamparo; hasta el intelectual y el hombre de pensamiento, que desde su

celda escueta y bajo el temblor confidente de la llama que rasga la penumbra y nimba con sus rayos trémulos la página abierta, vela y medita, trazando dentro de su mente las líneas ordenadas de una patria mejor—este Gobierno busque en su verdadero origen, en su fuente primera, en su propia entraña la teoría de la libertad, y se esfuerce por traducir lealmente esa teoría a la luz de los hechos palpitantes de la vida contemporánea.

Veamos de qué manera.

El trabajo fue el origen del liberalismo del mundo moderno. El abolió en una lucha titánica que duró siete siglos y que culminó en la Revolución Francesa, la servidumbre feudal, y la diferenciación inexorable de los hombres en dos campos: el de aquellos que habían nacido para mandar y disfrutar de los bienes terrenales, y aquellos que habían nacido para servir, humillados por las más diversas formas de opresión, que se apoyaban ya en razones de herencia privilegiada y de casta, ya en razones religiosas, ya en razones de organización constitucional.

Durante largos años, trabajo y libertad fueron sinónimos. Los honrados burgueses de Florencia, de Lyon o de Bruselas, de Toledo y de Valencia le hicieron frente a todas las fuerzas reaccionarias de la Edad Media, y acabaron de quebrar los moldes de la Edad Media en 1789, cuando cayó la monarquía francesa.

Pero bien pronto el trabajo dejó de ser libertad para convertirse en opresión, cuando el capital se desprendió del esfuerzo, e hizo solo su camino por el mundo, envuelto en la estructura de la sociedad anónima; cuando la propiedad y la riqueza no implicaron la tarea personal del beneficiario, sino que fueron el rasgo distintivo de una nueva aristocracia, surgida de la revolución.

Es preciso por lo tanto si se quiere restablecer el equilibrio roto, esforzarse diariamente, continuamente, sin miedo y sin vacilaciones por devolver al trabajo su antiguo contenido de liberación humana, por lograr que ofrezca todas, o por lo menos, algunas de las ventajas que representa la propiedad privada, por ennoblecerlo y dignificarlo, por hacer de él el centro de la vida social.

La democracia lo ha comprendido así. Y lo está practicando en todas partes del mundo.

Por eso, una de las tareas vitales de un régimen liberal, es la de crear situaciones jurídicas, es decir, situaciones estables, que se conviertan en bienes y vengán a sumarse a los bienes de la vida civil. Es eso lo que usando de una expresión latina, puede llamarse con el nombre de *status*. El derecho administrativo conoce ya muchos *status*. Estado del concesionario del dominio público, estado del concesionario de un servicio de interés general, estado del indigente socorrido, estado del servidor que se retira con una pensión, estado del sin trabajo a quien se le cubre una indemnización, estado del funcionario público, ese estado del funcionario público, que en Colombia acaba de establecer la ley sobre carrera administrativa, tan vigorosamente impulsada por el Presidente Santos. Por último, estado, *status* del trabajador, que al disfrutar de una serie de facultades y derechos inmodificables, sale del desamparo y de la indigencia y goza de un radio de acción invulnerable para desenvolver su personalidad. Todos esos *status* vienen a constituir indirectamente formas de propiedad. Al través de ellos el hombre goza de los enormes beneficios que la propiedad privada consagra a favor de sus usufructuarios, quienes constituyen una pequeña minoría en el mundo.

El trabajador propietario.

En un país donde estas formas jurídicas no se han desarrollado suficientemente, y este es el caso de Colombia, no existe sino una limitada cantidad de bienes, casi todos corporales: los objetos muebles, la tierra, los metales preciosos, los efectos de comercio y las acciones industriales. El régimen liberal debe ir haciendo surgir toda una nueva categoría de bienes que son las funciones, las profesiones y los empleos. No sólo las profesiones públicas, sino aun las profesiones del comercio y de la industria, los *status* del empleado y del obrero. Porque el régimen liberal debe ser ante todo un estabilizador de situaciones individuales, debe hacer penetrar por todas partes el concepto de garantía y de fuero para la persona humana, pero muy especialmente en el campo del trabajo, provocando la intervención del Estado, sea bajo la forma de creación de instituciones como las jurisdicciones del trabajo, como los seguros sociales, como las pensiones de retiro, como el salario mínimo, como el contrato colectivo, a fin de convertir, como decíamos, la situación del obrero y del empleado en un bien susceptible de traerle todas las ventajas de la propiedad.

Ahora bien: hacer al trabajador bajo todas sus formas propietario de una manera directa o indirecta, darle a la propiedad un sucedáneo que es el derecho al trabajo y el derecho a la función, es luchar por la igualdad, es convertir en una realidad el postulado hasta ahora utópico de la igualdad ante la ley.

De este modo el Estado, el Estado democrático, el Estado liberal, se convierte, como lo quiere Maurice Hauriou, en una substancia real y nutricia que se va distribuyendo a los ciudadanos bajo la forma de bienes, de tal manera que a cada cual le toque una fracción de tales bienes. De este

modo se marca la diferencia entre los siglos XIX y XX. De este modo la libertad sale de la esfera filosófica para entrar en la esfera práctica, de la vida cotidiana.

Dentro del cuadro esquemático que acabo de presentaros, cuántas, cuán diversas, cuán dilatadas transformaciones y conquistas pueden introducirse en la vida colombiana! El horizonte es vastísimo, casi ilimitado. Pero es a la vez un horizonte presidido por el orden, donde no caben las sacudidas violentas, ni la lucha de clases, ni el odio entre los hombres. Donde, como lo dije desde la iniciación de este Gobierno, aspiramos a dar a los colombianos elementos eficaces y tangibles de mejoramiento, en vez de invitarlos a adquirirlos, con los puños cerrados, por medio de la coerción o de la violencia.

Las iniciativas del Gobierno.

Hé ahí por qué este Gobierno preconiza, como derrotero inmediato de acción, entre otras muchas, las siguientes iniciativas:

Revisión integral o derogatoria del Código Civil, que es el más viejo de América, que se ha hecho anacrónico, y que no responde al desarrollo actual de la vida colombiana, constituyendo por muchos aspectos una verdadera camisa de fuerza, que comprime y deforma los movimientos del trabajo nacional. Hay una gran parte de la opinión pública que no ha apreciado en toda su amplitud esta trascendental iniciativa, porque la considera como una obra de la técnica, como una labor secreta y restringida, como algo que no interesa directamente al ciudadano. Profundo error. Nada que se roce tan directamente con la vida de cada hombre en sociedad como el Código Civil. El constituye en todos los países del mundo la organización, el régimen jurí-

dico de la riqueza pública. Es dentro de su estructura donde se proyecta en toda su dilatada amplitud la concepción que se tenga del Estado, la ideología de los partidos, el criterio acerca de las más palpitantes cuestiones de la vida humana. Si el obrero fluctúa como en el vacío incierto acerca de sus derechos y deberes, sin poder definir cuáles son sus verdaderas reivindicaciones, es porque el Código Civil ignora el problema del trabajo y apenas habla vagamente de amos y criados. Si el empleado ha tenido que acudir a una serie de leyes inconexas y dispersas para definir su propia situación, es porque el Código Civil ignora su existencia. Si el industrial se ve envuelto en continuos conflictos y vicisitudes, es porque el Código está ausente de la fábrica. Si la mujer casada y los hijos naturales tuvieron que solicitar del legislador la aislada defensa de sus aspiraciones, es porque el Código era para ellos un catálogo de iniquidades. Sin pretender iniciar aquí disertación alguna académica que estaría fuera de lugar, yo me permito afirmar que la sola aplicación de uno de los catorce puntos de reforma propuestos por el Gobierno a la consideración del país, la inclusión de la teoría del abuso del derecho, como norma general de nuestro régimen civil, obraría en favor de la equidad y de la protección de los débiles, mucho más que un esfuerzo de veinte años en la jurisprudencia de los tribunales.

Campana nacional para estabilizar la condición del campesino por medio de la habitación propia, confortable, higiénica y alegre, y en tesis general, para levantar el nivel de vida material y espiritual del hombre descalzo. Se trata de un propósito de darle un vuelco al criterio con que se distribuye el presupuesto, colocando las necesidades de los núcleos sociales pobres, de la familia humilde, por encima de las obras de progreso material, que deben ceder la prelación de que han venido gozando, a favor del bienestar

social, ya que las carreteras son para los hombres, y no los hombres para las carreteras. Cuidar de la salud del pueblo, de la formación de la niñez, de la ancianidad inválida, de la madre trabajadora, fundar escuelas de artes y oficios, facilitar el crédito en pequeña escala, fomentar la solidaridad técnica, la cooperación y el ahorro, tienen que ser las voces de orden de la hora presente.

Y pretender que toda esta formidable empresa sea consumada por el simple esfuerzo de los industriales y con sus limitadas posibilidades, es una quimera. Estamos llegando ya a un momento en que las pocas empresas ricas que existen en Colombia van a encontrarse ante el límite de su resistencia económica. De ahí que el Estado deba asumir como representante del total de la ciudadanía la tarea de mejorar el nivel de vida de las gentes humildes.

Adopción legal de una serie de medidas, suficientemente acreditadas en el Exterior, y acerca de las cuales existe una amplia experiencia doctrinal y práctica, como el contrato colectivo de trabajo, institución que empírica y espontáneamente ha surgido ya en el país, dando resultados excelentes, tanto desde el punto de vista de restablecer el equilibrio jurídico entre los grandes propietarios y los obreros aislados, como desde el de disminuir progresivamente los conflictos del trabajo, buscándoles soluciones de justicia por medio del arbitraje, libre u obligatorio. La institución del contrato colectivo, no la engañosa armazón del corporativismo fascista, constituye la clave de la cuestión social en Colombia.

Reforma total de las cárceles, o para decirlo mejor, creación de un sistema penitenciario en Colombia. Esta campaña tiene que hacer lógicamente parte de una campaña general en favor del hombre colombiano. El delincuente, cualquiera que sea su crimen, no es ya, a los ojos de la

ética social contemporánea y del derecho penal científico, un sér digno del odio y del desprecio, de la vindicta y de la retaliación. Es un elemento social extraviado, carente de adaptación, a quien es preciso tratar de regenerar, impidiéndole que haga daño, sin odio y sin rencor, pero con absoluta serenidad y eficacia, fuera de toda divagación sentimental, bajo el criterio de la defensa común. Nuestras cárceles son inhumanas, monstruosas, son verdaderos centros de corrupción moral. Es preciso transformarlas. Es preciso limpiar esa lacra de nuestra vida colectiva.

Protección y difusión del sindicalismo, entendido a la manera liberal, es decir, como instrumento pacífico de mejoramiento económico de los trabajadores, y no como factor de lucha y de violencia. Concentración de energías, cooperación de fuerzas, solidaridad, son las grandes tendencias de este siglo. Es necesario ponerlas en práctica, al amparo de la ley y como instrumento de progreso social, sin ningún carácter de amenaza.

Me haría demasiado extenso y harto enojoso si continuara en un análisis pormenorizado, de iniciativas y proyectos. Basten estas deshilvanadas explicaciones, de nuestro criterio y de nuestros propósitos. Para todos ellos solicitamos vuestra aprobación, vuestro apoyo y vuestro respaldo. Y nos ponemos en vuestras manos, porque dentro de un sistema democrático, el pueblo es el árbitro de sus propios destinos.

Me basta agregar ahora, que este Gobierno dirige su mensaje a todas las clases sociales; o para decirlo mejor, invoca la personalidad humana que integra cada una de las clases sociales, con un mismo anhelo de justicia distributiva, de comprensión y de solidaridad, esforzándose por imponer más allá de las clasificaciones que impone la diversa actividad económica, el diverso estado de cultura, la

diversidad de religión, la diversidad de aspiraciones e intereses, el sentimiento colectivo, el sentimiento de incorporación dentro de una categoría más amplia, más noble y más alta que todas las otras categorías, que es la nacionalidad común, y oponiendo a la acerba lucha de clases que propugnan otras escuelas del pensamiento político, la cooperación de todas las clases, mediante el recíproco renunciamento de pretensiones extremas, y mediante la intervención tutelar y vigorosa del Poder Público para garantizar el derecho del débil ante el fuerte. El Estado es una síntesis. Tiene por tanto caracteres de unidad y de universalidad. No solamente recoge, pues, los diversos elementos integrantes, sino que los funde y compenetra dentro de una armónica actividad superior. Cada problema de la técnica social queda dentro de este criterio subordinado a las exigencias de una percepción unitaria, más comprensiva y más alta.

La política de violencia.

No podría, señores, cerrar esta conferencia sin decir una palabra siquiera acerca de algunos sucesos de palpitante actualidad.

Durante las últimas semanas, nuestra organización democrática, la fisonomía civil de la República, nuestro anhelo histórico de vivir bajo el derecho, y nuestro prestigio de cultura, ese prestigio de cultura que movió a Francisco García Calderón en su libro sobre las democracias latinas de la América a decir de nosotros, "Colombia, tierra de sabiduría y de prudencia," sufrieron una ruda acometida. Sin causa alguna que pudiera justificar semejante actitud, con el espíritu enceguecido por la pasión, dando espaldas a la realidad circundante, un grupo de hombres políticos, pretendió retar al Gobierno, desafiar la ley y cubrir de

ignominia al liberalismo colombiano. El bienestar y el reposo de muchos millones de compatriotas que siembran y cosechan en la tierra y el espíritu, no pesaron nada en su criterio. El decoro exterior de la República no significó tampoco nada. Arrojando una quimérica espada sobre la balanza, se quiso hacer saltar ese fiel de libertad y de orden, que preside la vida nacional.

Pero este Gobierno no es intimidable. Hasta él llegan las marejadas de la opinión pública, para ser escuchadas en cuanto encierran rumores de justa protesta, o de fundada queja. Pero en cuanto la queja se convierte en amenaza suscita y suscitará una inexorable resistencia, porque el sufragio popular no trajo al Presidente Santos al Palacio de la Carrera para negociar sobre el cumplimiento de las leyes, ni para rendirse ante el motín, ni para recibir órdenes lanzadas desde la barricada, sino para trazarle un rumbo a esta democracia, para demostrar que la política ha de estar forzosamente edificada sobre una base ética, y para hacerse respetar y obedecer, no por vanidad ni prepotencia, sino porque la fuerza dirigida por la razón, es la única garantía absoluta del derecho.

El país ha juzgado ya de las dos actitudes. El veredicto ha sido ya proferido con serena conciencia, en dilatado plebiscito de equidad y de cordura. De la violencia verbal ya no queda nada, porque se quebró contra el acantilado de la autoridad. La violencia física no ha sido cometida. Y si lo fuere, en cualquier rincón del país, se quebrará también, reducida a la oscura denominación del delito. No se le conculcará a nadie su derecho de sufragio, incontestable e imprescriptible. Todo conato de perturbar los resultados electorales será reprimido con firmeza. Pero tampoco se le permitirá a nadie hacer surgir arbitrarias o artificiales consecuencias, del dolor, ni del luto, ni de la sangre humilde vertida en hora infausta.

Una vez más yo me inclino emocionadamente en nombre del Gobierno Nacional ante los muertos de Gachetá, que me inspiran profundo respeto. Una vez más declaro que el día 8 de enero de 1939, es día luctuoso para la República. Una vez más expreso la indecible amargura que tan trágicos sucesos suscitaron en todos los pechos honrados de Colombia.

Pero debo afirmar también, y afirmarlo altamente, sin reticencias y sin vacilación, que nada tenemos que reprocharnos, ni como intérpretes de la ley, ni como depositarios de la autoridad, ni como guardianes del patrimonio moral de la República. Un crimen aislado no es una política. Y no compromete sino a sus autores. Arrojarlo como un estigma sobre frentes inmaculadas, sobre nombres intachables, sobre seres inocentes, no es sólo una insensatez sino un delirio; no es sólo una falta sino una profanación.

No podría quedar completo este brevísimo recuento de los hechos de la última hora si no dejara pública constancia de la austera y elevada actitud de hombres como Pedro J. Berrío y Emilio Ferrero. Ellos que representan las más altas virtudes cívicas de este glorioso país, ellos cuya adhesión a la doctrina conservadora es un postulado incontrovertible, ellos que nunca desoyeron la llamada del espíritu nacional, han salvado a su partido de una catástrofe irreparable y han sido los centinelas avanzados de la Patria en momento oscuro y confuso. Ellos han triunfado con las armas de la razón. Ellos y sus innumerables compañeros de todo el país, que constituyen la abrumadora mayoría del partido conservador, han ganado un lauro perenne, que la posteridad recogerá.

Voy a terminar, señores que me escucháis.

He sido y sigo siendo un admirador ferviente de los viejos radicales de Colombia.

En las horas nocturnas, cuando de acuerdo con el ejemplo y las frases de Nicolás Maquiavelo, “me despojo del traje cotidiano lleno de fango y de lodo, y me revisto de paños reales, para penetrar en las mansiones de los grandes hombres antiguos, y pedirles la razón de sus acciones,” las obras y escritos de los varones que gobernaron al país hasta 1884, “me hacen escapar a todo aburrimiento y olvidar los afanes.”

Leyendo anoche al ilustre Diógenes Arrieta encontré estas frases que quiero recordaros ahora, y con las cuales describe la obra de la escuela del 49:

“La palabra que esculpía los nuevos ideales en las conciencias al propio tiempo que socavaba los fundamentos del antiguo edificio, resonaba unas veces como el trueno en la cumbre de los montes, y otras veces producía apenas un ruido seco sordo y terrible, como piqueta del sepulturero que cava una fosa. Las ideas cruzaban la atmósfera encendidas y errantes como chispas, y la prensa ensordecía los oídos del pueblo con ecos metálicos redoblados como los del yunque atormentado por el martillo. Terminada la tarea, el espectáculo fue grande y solemne: las cadenas de la esclavitud despedazadas; el andamio del cadalso en míseras astillas, desgarrado el centralismo, abatido el caudillaje; el derecho democrático radiante, el espíritu público vigoroso y potente; los viejos odres del escolasticismo, incapaces de contener el vino nuevo de las ideas, quebrantados por el oleaje; los heroicos lidiadores cubiertos aún por el polvo de la demolición, con el verbo elocuente del nuevo evangelio político en los labios.”

Confío plenamente en que dentro de su nueva etapa de acción el liberalismo colombiano realice obras de significación semejante, en beneficio de la República entera, y al amparo de las nuevas orientaciones de la conciencia democrática del siglo XX.

